

que son resabios de alevoso esclavo:
aun hasta al abecé le tengo envidia.

RICARDO.

¿Por qué?

ROSARDO.

Porque una y jota sola tiene,
y yo (grande dolor), si bien lo notas,
tengo en mi casa juntas tres y jotas.

RICARDO.

Valeos mucho de la expectativa,
dando á entender que heredan de una abuela
(esto ha de ser con ánimo, con traza)
de aquel país de yeso de la plaza
las casas más amenas, más floridas.
Que hay maridos tan verdes, tan abrilés,
que, siendo de los campos semejanza,
aun se casan con dotes de esperanza;
y en maridos de Abril nada se pierde,
que asegura bondad pasión tan verde.

ROSARDO.

Esa traza no vale ya, por vieja;
no se casan como antes por indicios:
sólo con ver las señas del dinero
quiérenle oír hablar sobre un bufete,
adonde el oro es lindo papagayo,
que, aunque en la pluma trae menos colores,
uno que tiene da más resplandores;
gustan de oír hablar, ¡qué lindo gusto!,
á unos reales de á ocho charlatanes,
que para todos son lindos truhanes.

RICARDO.

¿Truhán es el dinero?

ROSARDO.

Nombre justo
si es más truhán aquel que da más gusto:
por lo que del dinero considero,
el más lindo truhán es el dinero.

RICARDO.

Qué, ¿no despachan ya, por relaciones,
el dinero como antes se solía?

ROSARDO.

Pretenden tacto en él, vista pretenden,
porque con él deleitan dos sentidos,
que se hacen con su són más advertidos.
Esto del relativo se ha dejado
en todo lo demás que no es dinero,
de á quien todos respetan la presencia,
que nadie le conoce por la ausencia.
Dinero de pretérito y futuro,
no vale el uno, el otro no es seguro,
y así en las manos del varón prudente
siempre el oro ha de ser tiempo presente.

RICARDO.

Un instrumento suena.

ROSARDO.

¿Que ya empieza?

Mártir es mi paciencia y mi cabeza,
que una de ellas que toca un instrumento
me suele maldecir cantando á voces.

RICARDO.

Oíd á esta sirena, que ya suena.

ROSARDO.

Cómitre es para mí, que no sirena.

(Cantan de dentro.)

¡Mal hubiese el padre fiero
que á sus hijas no las casa,
de los cielos sea maldito
y cien mil veces mal haya!
Padre duro en mullir bódas,
en malos infiernos arda,
aunque en tener hijas grandes
ya tiene el infierno en casa.

(Váse á levantar enojado.)

RICARDO.

Dejalda proseguir.

ROSARDO.

¿Tanto os contenta
oír su atrevimiento y ver mi afrenta?
Si es letrilla mi afrenta, ¿no os espanta
ver que la ponen tono y que se canta?
A otros los afrentan con pregones,
pero á mí con tonadas y canciones.

(Vuelven á cantar.)

No le abra San Pedro el cielo
cuando de este mundo vaya:
ciérrele el cielo su puerta
á quien nos guarda con tantas.

ROSARDO.

Infamarme con música es un modo
extraño, prodigioso y peregrino;
porque es tan grande la desdicha mía
que, aun á mí, me deshonra la armonía.

RICARDO.

Dejalda proseguir á esa señora,
que no ofende una infamia tan sonora.

ROSARDO.

Pasar quiero á cuchillo esta canalla.

RICARDO.

¿Queréis hacer en casa otro martirio
de las once mil vírgenes? No es justo,
si imitar no queréis algún tirano.
¿Sois vos Magencio? ¿Sois vos Diocleciano?

ROSARDO.

Yo me quiero ir de casa; de vos fío
la guarda de mis hijas.

RICARDO.

Pues ¿qué falta?

ROSARDO.

Escuchad, escuchad.

(Lloran adentro.)

RICARDO.

¡Qué extrañas voces!

ROSARDO.

Oíd, que aún suelen darlas más atroces.

RICARDO.

¡Jesús, parecen almas que han venido
del otro mundo!

ROSARDO.

Cuerpos son que vienen
en busca de marido, y no le alcanzan.
¿Queréis que callen?

RICARDO.

Pues, ¿habrá remedio?

ROSARDO.

Fácil, aunque ridículo es el medio:
finjios casamentero, y esto basta.—
¡Oíos!: que está aquí el casamentero.

RICARDO.

Conjuro vuestra voz me ha parecido,
pues tan presto al silencio se han rendido.
¡Oh qué gran cargo es ser casamentero!

ROSARDO.

Para con las mujeres no hay oficio
de que se siga tanto beneficio.

RICARDO.

¿No veremos, señor, alguna dellas?

ROSARDO.

La que cantaba es la mayor.

RICARDO.

Pues salga,
que por Dios que tenía voz hidalga.

ROSARDO.

Presto la despachastes la hidalguía.

RICARDO.

Yo, en cuanto á voces, soy chancillería.

ROSARDO.

Tribunal que se funda todo en gritos,
al lugar lo llevad de los precitos.
¡Ah, Leonora!

LEONORA.

Señor...

ROSARDO.

Es con extremo
altiva y confiada.

RICARDO.

¡Qué buen talle!
Tal cara, con tal voz, fingen un cielo;
prodigio es, y aun milagro acá en el suelo;
pienso que, por formar tanta belleza,
su resto aventuró Naturaleza.

ROSARDO.

¡Oh traidor, alevoso, amigo falso!
veneno la habéis dado en la alabanza,
que es el que hace más obra con los necios;
su antídoto buscad en los desprecios.

RICARDO.

Yo os quitaré el trabajo, pues la pido
por mi mujer y por mi esposa cara.

(Habla de rodillas.)

LEONORA.

Acoto este marido.

ROSARDO.

Espera, loca.

Señor, no os condenéis por vuestra boca.
Vos ha que sois mi amigo muchos días,
á quien confieso fiel correspondencia;
no quiero de mi mano castigaros,
y de una hijaza cual la tal cargaros.
No, no; con los amigos trato liso:
á un extraño engañaré con ella,
y aún será crueldad, por vida mía:
¡oh, amigo de mi alma, antes yo muera
que os ponga en una cárcel tan severa!

(Levántase.)

LEONORA.

Padrazo, no me quites mi remedio.

ROSARDO.

Perdonadme, por Dios, la tal hijaza;
que engañar á un amigo es mala traza.
¿Al fin vos la queréis? Ved que os requiero
una, dos y tres veces.

RICARDO.

¡Qué pesado!

ROSARDO.

Por vuestra voluntad estáis casado.
Ya lo entiendo, ¡por Dios!: sois tan amigo,
que habéis querido hacer esta fineza
y tomar esta carga tan pesada.
Santa amistad, ¿con qué has de ser pagada?
De cuantos los antiguos celebraron
por ser amigos fieles al amigo,
de ninguno se escribe que excusalle
á un padre de la carga de su hija;
tú sólo, amigo fiel, tú sólo fuiste
el que tan grande empresa conseguiste.

RICARDO.

Por Dios que por mi gusto me he casado.

ROSARDO.

Aun no quiere las gracias, gran fineza.
¡Hijas amadas, hijas!

Salé MARCELA.

MARCELA.

Cosa es rara:
decir «amadas hijas» mi padrazo.
¿Quién ha su corazón enternecido?

ROSARDO.

El ver en casa un hombre que es marido.

MARCELA.

¿Que hay hombre que es marido en esta casa?
¿De quién? ¿Cómo ó por dónde tanta dicha?

ROSARDO.

Con Leonora se casa el buen Ricardo,
que quiere ser amigo hasta la muerte,
pues se pone á morir toda la vida;
dales el parabién, hija querida,
dales el parabién.

MARCELA.

Lo que os suplico,
que si acaso tenéis algún hermano
que fácil de casar como vos sea,
que le empleéis en esta servidora.

RICARDO.

Deshermanado estoy, bella señora.

LEONORA.

Qué grande bien, pues no tendré cuñados.
Tarde llegó mi suerte, mas fué buena.

MARCELA.

¡Ay, si hubiera como éste una docena!
¿Sin hermanos estáis?

RICARDO.

No tengo hermanos.

MARCELA.

Y amigo casadero, ¿no hay alguno?

RICARDO.

¡Jesús, qué preguntar tan importuno!

ROSARDO.

¡Ay Dios, qué grandes golpes! Ved quién llama.

CASAMENTERO.

Soy el casamentero.

ROSARDO.

Siempre ha sido
este oficio casar de mucho ruido.
Temí que era una tropa de caballos
que venía á correrlos la campaña.

CASAMENTERO.

No es lo mismo pareja de maridos,
que ya vienen resueltos á casarse,
sin que puedan jamás arrepentirse.

ROSARDO.

Eso, señor, no es fácil de cumplirse.
¿Qué hace Lucrecia, cómo se detiene?

Entra LUCRECIA.

LUCRECIA.

Ya vengo toda fuego, y por el viento
llamada de la voz del casamiento.

ROSARDO.

Vuestra hermana mayor está casada,
y aquí os trae el señor casamentero
á las dos un par bueno de maridos.

LUCRECIA.

¿Adónde están?

CASAMENTERO.

En el zaguán esperan,
que son gente los dos de mal ropaje
y no muy generosos de linaje.

LUCRECIA.

¿Dos maridos se hallan en un día?

CASAMENTERO.

Tales son ellos.

MARCELA.

No hay marido...

ROSARDO.

Espera.

MARCELA.

Si son maridos, no pueden ser malos.

CASAMENTERO.

Cáeseme á mí la cara de vergüenza
de ver tan desastrado maridaje.

MARCELA.

No los tratéis, señor, con tal lenguaje.

LUCRECIA.

¿No son hombres que pueden ser maridos?
Pues sean quien se fueren.

CASAMENTERO.

Oiga atenta:

hasta la relación parece cuenta.
El uno está privado de las luces,
que son alma del rostro; al fin es ciego,
y hace de vender coplas granjería:
qué riquezas tendrá, ved qué despojos,
un mercader de coplas y sin ojos.

MARCELA.

¡Jesús!, ¿pues qué halláis vos en tal marido?
Desde luego á mi padre se le pido,
que el ser ciego un marido en este tiempo
ofrece mil excesos venturosos,
que los maridos no han de ser vistosos.

LUCRECIA.

Díganos las del otro, y con buen ánimo.

CASAMENTERO.

El otro es un hidalgo de la carga,
Atlante que se alquila, y que de Baco
suele embriagarse más que del tabaco.

LUCRECIA.

Venid acá, si es carga el matrimonio
y ese hombre lleva cargas por oficio,
ya trae disposición para casado;
con él me casaré sin ningún miedo,
porque, en fe de quien es, cargalle puedo.
Haceldos que entren.

Entran el CIEGO y el GANAPÁN.

RICARDO.

Ved qué extrañas bodas.
¡Con lucida parentela me he juntado!

CIEGO.

Dos veces ciego vengo á ser casado.

GANAPÁN.

Salud sea en esta casa, y pues yo vengo,
que la tendrá cumplida no lo dudo,
pues sólo con el tufo la saludo.

MARCELA.

Cantando nuestras bodas celebremos.

ROSARDO.

Á poder yo cantar fuera acertado,
pues de tres hijas tales me he librado.

(Cantan.)

Este padre dichoso, jugador, sabio,
de una trunca de hijas se ha descartado.
Al que tres hijas casa, mucho le temo:
diablo ha de ser un hombre, tres veces suegro.
¿Diablo? ¡Qué poco dije!, de mí me espanto:
más es tres veces suegro, que treinta diablos.
Demos plácemes todos al viejo astuto:
más razón será dalle pésame al mundo.

76

XIV. — Loa. ¹*Diálogo entre dos.*

UNO. Por el reino de Toledo
vengo.

OTRO. Yo por la nobleza
de Palacio y de la Corte.

UNO. Bien igual es nuestra empresa.
Mas empezad vos, que en grandes
intentos, siempre el que espera
parece que se asegura
más en la ajena experiencia.

OTRO. No, razón será que el reino
tenga su lugar.

UNO. Me fuerza
esa razón á rendiros
agradecida obediencia.

(Camina algunos pasos más adelante y empieza la loa.)

Sacro Filipo, de tantos
godos imagen perfecta,
monarca en dos elementos,
rey de los mares y tierras.

Hoy con tu restitución
á este Reino se renuevan
sus glorias, porque aún más clara
renace tu luz en ellas.

Todos los pueblos saludan
tu venida, y se deleitan
tanto, que en el mismo gozo
con que se ofrecen se premian.

La metrópoli de España,
la que para su defensa
tiene murallas de montes,
que la abrigan y la cercan.

Sublime en los edificios
(montes también), siendo en ella,
unos, gigantes del arte,
y otros, de naturaleza.

Aquella á quien cristalino,
galán el Tajo celebra,
tan amante, que con labios
de plata sus campos besa.

En su iglesia, que es segunda
á la de Roma, y primera
á las restantes de el orbe,
en el culto y la grandeza.

Paga al cielo en sacrificios
el ver que á ese reino vuelvas,
de quien tan gloriosamente

En las Coronas del Parnaso. Madrid, 1635.

ella se llama cabeza.

Tanto se alegró de Henares
la soberana academia,
que comunica á los hombres
de los ángeles la ciencia.

Que en sus ardientes disputas,
dicen se quedó suspensa,
dulcemente arrebatada
del éxtasis de esta nueva.

Volvió de él tan encendida
en tu amor, que ya profesa,
por su principal estudio,
tus virtudes y excelencias.

Que las acciones de un sabio
virtuoso, tan perfetas,
que aun las aplaude la envidia,
se han de estudiar como ciencias.

La insigne y noble ciudad
de Guadalajara excelsa,
por las casas de Mendoza,
que la dan tanta opulencia.

De aquella fidelidad
antigua, dió nuevas prendas,
siendo las ninfas de Henares
ministros de tanta fiesta.

Esta siempre ilustre villa
de Madrid, esta princesa
de el orbe, y de los divinos
rayos de tu luz esfera.

Ya magnífica y triunfante
multiplicar puede estrellas
á sus armas, cuando tantos
esplendores la acrecientan.

Su tierra produce amor,
como el ejemplo lo muestra,
pues vemos que en ella espiran
alma de fuego aun las piedras.

Pues siendo tu hermosa imagen
de el amor, bien es que tengas
tu centro donde él lo tiene,
porque de todos lo seas.

Ella, pues, y todo el reino
de Toledo, se presentan
al cielo, en gracias que rinden
por tan liberal clemencia.

Descansa en ella por largas
edades, donde en inmensa
copia de ti generosos
héroes al mundo decientan.

Desde aquí triunfe tu espada
de aquella nación sangrienta,
que con las lunas menguantes
crecer su imperio desea.

Que como vive en la oscura
noche de tan torpe seta,
aun de la luna la escasa
lumbre no la goza llena.

Aquí vengan los tributos
de el metal rubio, la tersa
plata, y aquel aromático
tesoro de tanta especia.

Cuanto Milán labra en armas,
cuanto Nápoles en sedas,
unas, ornato del ocio,
y otras, horror de la guerra.

Y al fin, cuanto la fecunda
madre produce en diversas

provincias, y cuanto animan del mar las ondas soberbias. (*Váse.*)
 OTRO. Señor, que en tus años verdes eres hoy padre de tantas provincias, que en tu cuidado con feliz ocio descansan.

Esta Corte, que es de todas las naciones común patria, noble original de cuanto traslada el pincel al mapa.

De verte restituído ofrece á los cielos gracias, y así se da parabienes, tan piadosa como sabia.

Tus Tribunales que en ella á la justicia sagrada (con las letras superiores), la dan invencibles armas.

Todos celebran felices tu vista, á quien se consagran; oye que he de hablar por todos, con más verdad que elegancia.

El Senado de justicia de Castilla, con más ansias, llega á beber luz y ciencia en tu virtud soberana.

Aquel que de las las católicas verdades, tiene la espada triunfante, como lo afirma la siempre invencible palma.

Hoy vuelve á buscar el puerto de tu favor que le ampara contra las ondas infieles de tantas ciegas borrascas.

Con que siempre victoriosa de la cruz, la santa armada, ni los escollos la rompen ni las sirenas la encantan.

No solos estos, que son firmes brazos, con que guardas la religión y justicia, más otros muchos te aclaman.

El de Aragón, y el que rige la más ilustre y bizarra provincia (madre de ciencias), florida y fértil Italia.

El que da leyes al Nuevo Mundo, conquista gallarda de un hércules español, mayor en sí que en su fama.

El que reparte mercedes

nobles en cruces, que varias en el color, se conforman en ser de una semejanza.

El que con atento estudio, fiel y vigilante aguarda de la hacienda, solicita defenderla y aumentarla.

El que dichoso dispensa espirituales gracias, que es consejo de las Indias, de los tesoros del alma.

Al fin á tu vista todos, con gozo público pagan, la gloria de ver cumplida esta sedienta esperanza.

Demas de tanto ministro de tu luz la cortesana nobleza, y cuantos Palacio ocupa en acciones varias.

Como estrellas más vecinas de tu Sol, de quien alcanzan lo más lucido, su gozo nace en fuego y crece en llamas.

Y entre estos los criados de la majestad que Francia produjo para que diese felicidades á España.

Advertidos y animados de su amor fiel, cuyas alas tanto crecen, que presumen llegar á región tan alta.

Este poético estudio en quien de la vida humana, lo más ínfimo y supremo igualmente se traslada.

Ofrecen... Tú, pues, piadoso con frente serena y grata oye y tu augusta clemencia dispense nuestra ignorancia.

Así restauren los filos de tu acero la sagrada ciudad, teatro glorioso de la más feliz batalla.

Así castigues soberbias rebeldes, así tus armas católicas precipiten tantas infieles escuadras.

Y así te pague obediencia cuanto corona y enlaza: el sol, con diadema de oro, y el mar, con cinta de plata.

ENTREMESES

DE

DON ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO

77

I.—El Casamentero.¹

PIRUÉTANO, *vejete.* UNA MUJER.
 LÁZARO, *su criado.* UN POETA.
 UN ARBITRISTA. MÚSICOS.

Salen PIRUÉTANO y LÁZARO, *su criado.*

PIRUÉTANO.

Como te digo, Lázaro: ya vengo, con comisión del Nuncio de Toledo, á esta más que confusa Babilonia, donde concurre variedad de gentes de extravagantes lenguas y naciones con más extravagantes pretensiones. Estas, á dos estados reducidas, las del menor en varios embelecocos, ocupan de ordinario el pensamiento por granjear ociosos el sustento, y atienden sólo las de más estado á la calle Mayor, Carrera y Prado, dando su ociosidad mal entendida, por instantes de gusto, años de vida. Destos hemos de hacer grande cosecha, porque es la comisión enderezada á examinar sus partes con secreto, y al que fuere de cascos alterado enviársele al Nuncio maniatado y la corte purgar destos juicios.

LÁZARO.

Es limpiarla de lodos y de vicios. Mas ¿qué tiene que ver, señor Piruétano, con esa comisión extraordinaria, las cédulas que pongo en las esquinas, que dicen: «En la calle del Olivo vive Melchor Piruétano de Cárcava,

casamentero célebre en la Europa, que procura casar á cuanto topa?»

PIRUÉTANO.

Mal entiendes el caso, amigo Lázaro. A título de ser casamentero, acudirán á casa varias gentes; y como suele, quien casarse trata, decir su calidad, ocupaciones, hacienda, ingenio, méritos y partes, es forzoso que en esto nos dé indicio para ver de qué pie cojea el juicio. Y esos mozos que tengo prevenidos, tan bien trabados como mal sufridos, en conociendo alguno delirante le pondrán en prisiones al instante.

LÁZARO.

Digo, que del intento estoy al cabo, y que la traza y elección alabo. Mas á la puerta llaman.

PIRUÉTANO.

¿Qué sería si alguno deste gremio desmandado, ya que no preso, fuese aquí casado; que, á mi ver, es prisión más trabajosa, pues tiene mil remedios la locura, y ninguno quien casa sin ventura?

Entra el ARBITRISTA.

ARBITRISTA.

¿Vive en casa el señor Melchor Piruétano?

PIRUÉTANO.

Aquí vive. Yo soy, para servirle.

ARBITRISTA.

Dios guarde á vuesarced.

PIRUÉTANO.

Sea bien venido.

¹ En su novela titulada: *Carnestolendas de Madrid*. Madrid, 1627.